

## Introducción.

### *Periodismo de inmersión: una apuesta emergente por la calidad*

En un contexto caracterizado por la profunda crisis que sufre la profesión periodística, en la que convergen circunstancias concomitantes, como los bajos salarios, la precariedad laboral, los continuos cierres de medios y la creación de otros tantos de vida efímera, los excesos del periodismo de mesa, el abuso de las fuentes institucionales, la sobrea-bundancia de informaciones, la gestación de nuevas rutinas productivas al hilo del desarrollo del periodismo en línea, la proliferación de contenidos basura, multiplicada por los agregadores de contenidos y, en definitiva, el agotamiento de los modelos tradicionales de periodismo, nos preguntamos qué futuro le aguarda al periodista en un panorama lleno de sombras. Y percibimos un rayo de luz en algunas iniciativas que apuestan por un periodismo de calidad, formal y/o conceptualmente. Nos referimos al periodismo de inmersión, encubierto y *gonzo*, tres fórmulas que indagan en las posibilidades que ofrece un periodismo elaborado como valor añadido.

Como otras vertientes por la que discurre el periodismo de investigación, el periodismo de inmersión, encubierto y *gonzo* necesitan «tiempo», esa palabra mágica que en la última década hemos desterrado de las redacciones al considerar que perturbaba los pilares de la noticia. Tiempo para adentrarse en comunidades y situaciones ajenas, con el propósito de experimentar vivencias y perfiles e interactuar con el entorno; tiempo para adoptar personalidades ajenas, a veces tan cuestionadas, para pasar inadvertidos en procesos de inmersión; tiempo para afrontar la redacción de un texto en el que, con frecuencia, el periodista pasa a ser protagonista del relato.

De hecho, los textos resultantes conviven con frecuencia con una cualidad no siempre bien considerada en el panorama periodístico de las últimas décadas: la subjetividad. Desde el momento en que el perio-

distista intenta comprender la realidad a partir de su propia experimentación, deja su impronta en el texto, que puede alcanzar un alto grado de subjetividad, patente en un estilo narrativo, o bien en el uso de la primera persona, que confiere credibilidad al relato del narrador testigo y partícipe. De ahí la recurrencia a géneros como la crónica, que tiende a escasear en el periodismo convencional. Al menos en nuestro país. Sin embargo, no ocurre lo mismo en el continente americano, tanto al norte como al sur, donde la crónica ha renacido con un vigor sin precedentes y se impone cada día más a un periodismo convencional que naufraga inevitablemente en unos esquemas arcaicos y estrechos. Esta realidad es más patente aún en el periodismo narrativo escrito en español. Como bien nos ha recordado Darío Jaramillo (2011: 11): «La crónica periodística es la prosa narrativa de más apasionante lectura y mejor escrita hoy en día en Latinoamérica». Nombres como los de Leila Guerriero, Gabriela Wiener, Lydia Cacho o Andrés Felipe Solano se suman hoy a una larga lista de profesionales comprometidos con su tierra y con su tiempo, conscientes de la que la inmersión y la calidad de estilo son ingredientes imprescindibles para apostar por un periodismo más reposado y de calidad.

El periodismo de inmersión, encubierto y *gonzo* necesitan, además, a periodistas con una acusada conciencia social. El periodista debe creer en lo que hace, porque los riesgos personales y profesionales que debe afrontar son demasiado elevados como para adentrarse en un proyecto en el que puede perderlo todo, hasta la vida. El periodista que se adentra en esta gran aventura suele estar comprometido con la idea de escribir para el cambio social, recuperando, así, esa vieja convicción de que el periodismo puede cambiar las cosas y, como consecuencia, el mundo.

Aunque los temas giran en torno a un gran espectro en el que se pueden advertir experiencias con distinto grado de trascendencia, alcance y repercusión social, el periodismo de inmersión, encubierto y *gonzo* tratan de escudriñar nuestro entorno social, inmediato, rutinario o lejano, para aflorar aspectos que, de otro modo, pasarían desapercibidos. En un contexto en el que la mayor parte de las noticias no importan nada, se agradece este esfuerzo por rastrear temas de interés social con los que a menudo convivimos sin percatarnos de su entramado. Otras veces, se abordan contenidos en manos de fuentes que no son fácilmente accesibles, o que no tienen interés en que esa información salga a la luz, por lo que los medios encubiertos o de inmersión pasan a ser más que una opción narrativa una necesidad periodística natural para el acceso a la información.

Pese a lo que pueda parecer, no todas estas experiencias precisan de grandes desplazamientos como el de Nellie Bly, o grandes infraestructuras al más alto nivel de espionaje, como la aventura de Antonio Salas en *El falso palestino* o de Günter Wallraff en *Negro sobre blanco*. Puede ser válido reconstruir las experiencias de un invidente a lo largo de una jornada de trabajo. La inversión, por tanto, difiere mucho según el proyecto, pero en todo caso necesita de la implicación personal del periodista, que compromete su vida personal y con frecuencia busca canales de distribución alternativos a la perecedera vida de las publicaciones periódicas.

Con este libro pretendemos visualizar este otro periodismo, una salida al periodismo tradicional, que no siempre contiene las herramientas suficientes para mostrar la realidad tal cual es; un respiro para un periodismo en crisis, en el que expertos, periodistas y medios tantean soluciones extraordinarias. A lo mejor la salida es más simple: un retorno a la calidad.

### *Estructura del libro*

El libro se estructura en seis grandes capítulos en los que hemos tratado de abordar el periodismo de inmersión desde diferentes perspectivas periodísticas. En el primer capítulo, con el título «Otro periodismo para desenmascarar la realidad», nos adentramos en la inmersión desde un punto de vista conceptual, como un método de investigación al que el periodista recurre de un modo extraordinario, con el objetivo de acceder a informaciones inaccesibles por vías ordinarias. En este capítulo de apertura rastreamos también los antecedentes más destacados del periodismo de inmersión, fundamentalmente el periodismo *muckraking*, con autores destacados como John Reed y Upton Sinclair. El periodismo de inmersión encuentra a su vez dos variantes en las que nos detenemos en este capítulo, el periodismo encubierto o de infiltración, en el que el profesional esconde su identidad, con autores pioneros como Jack London y Nellie Bly, y el periodismo *gonzo*, en el que el periodista no sólo oculta o puede ocultar su identidad, si las circunstancias así lo requieren, sino que se alza como protagonista principal de los hechos, hasta tal punto de que, por momentos, logra condicionarlos y modificarlos con su actitud y a su antojo, como se manifiesta en los trabajos de Hunter S. Thompson.

En el segundo capítulo, con el título «Periodismo narrativo: investigación y calidad de estilo», nos centramos en los aspectos formales, pues

tanto el periodismo de inmersión, como el periodismo encubierto o de infiltración y el periodismo *gonzo*, encuentran en los géneros narrativos, fundamentalmente crónicas, entrevistas y reportajes, el mejor canal de expresión. El periodismo narrativo combina la investigación periodística con el esmero formal, cuya fuerza reside en la inmersión, la voz, la exactitud y el simbolismo. De ahí que haya encontrado una salida en canales de distribución alternativos a los medios convencionales, como determinadas revistas, los blogs de autor y el libro.

Pero el periodismo de inmersión no es exclusivo del papel y, con algunos matices, también ha alcanzado a los medios audiovisuales. Por esta razón, en el tercer capítulo, «El periodismo de inmersión en los medios audiovisuales», analizamos algunas experiencias de inmersión televisiva en canales generalistas, aunque en muchas ocasiones este medio no se desprende de la espectacularidad y el amarillismo que tantas veces acompaña a los productos televisivos, especialmente cuando se recurre a la cámara oculta.

En el capítulo cuarto, «Aspectos éticos y legales del periodismo de investigación», exponemos, precisamente, las implicaciones éticas del periodismo de inmersión, más controvertidas cuando el periodista se sirve de ayuda instrumental para desarrollar su trabajo, como la fotografía, el micrófono y los dispositivos de grabación de audio, las microcámaras ocultas, las nuevas tecnologías, el vestuario y el uso de vehículos para el seguimiento y las guardias de vigilancia. Aunque no existe unanimidad, la mayor parte de los autores y periodistas recomiendan reservar el uso de cámaras y micrófonos ocultos para casos extremos, como último recurso, por lo que hemos optado, igualmente, por incluir algunas consideraciones legales y consejos prácticos para su uso.

Con el título «Con nombre propio», en el quinto capítulo hemos recopilado la experiencia de ocho autores representativos que han apostado por el periodismo de inmersión, el periodismo encubierto y el periodismo *gonzo*. En el panorama internacional, hemos seleccionado las experiencias ya clásicas de Günter Wallraff y Pamela Zekman, cuyos trabajos de periodismo encubierto han inspirado en las últimas décadas los trabajos de otros muchos periodistas que han optado por encubrirse para desenmascarar la realidad desde el activismo social. Tras años en los que estas fórmulas dormitaron, aplastados por las críticas y dudas éticas, Wallraff y Zekman retoman un compromiso social que a principios de siglo ya sacudió conciencias. En España, hemos seleccionado a Antonio Salas y Juan José Millás, mientras que en Hispanoamérica, los trabajos de Leila Guerriero, Lydia Cacho, Gabriela Wiener y Andrés Felipe Sola-

no representan una aportación contemporánea al *boom* del periodismo narrativo en el continente americano.

Finalmente, en el sexto capítulo, «Los peligros que acechan al periodista investigador», hemos querido incidir en los riesgos que conlleva el ejercicio del periodismo de inmersión, una apuesta arriesgada que a menudo conlleva una factura personal para el periodista que lo ejerce, porque ser periodista también es un disfraz del que tampoco puede uno desprenderse.